

LITERATURA.

OBRAS DE D. JUAN MANUEL DE BERRIOZABAL,

MARQUÉS DE CASA JARA.

En este siglo de escepticismo é indiferencia, en cuyo torbellino parece tan lastimosamente la fe de muchos jóvenes, víctimas de la inexperiencia y del irreflexivo amor á la novedad que acompañan la primavera de la vida, es sumamente grato y consolador encontrarse con uno que reuniendo á sus cortos años esclarecidos títulos, pingüe fortuna, entusiasmo por las bellas letras y dilatados viajes, no se haya dejado contaminar por el emponzoñado aliento de la época, y antes bien conserve en sus escritos y en su corazón, las creencias en todo su vigor, la piedad en toda su ternura. Tal nos parece el distinguido escritor D. Juan Manuel de Berriozabal, marqués de casa Jara; y tal les ha de parecer á cuantos se hayan saboreado con la lectura de sus obras. No se desdeña el Sr. de Berriozabal de escribir en prosa, y aun de ocuparse en traducciones que puedan ser útiles á la religion, pero su afición favorita es la poesía: ha nacido poeta, compuso versos desde su niñez, y componiendo versos descenderá al sepulcro. De muy temprana edad habia ya traducido algunas composiciones de Lamartine que dió despues á luz en 1839, mereciendo su trabajo tanta aceptación que fué luego reimpresso en París, y tambien en otro lugar que no nombraremos, donde se atacó el derecho de propiedad del autor, y lo que quizás le fué mas doloroso, estropeándole lastimosamente muchos versos. Una traduccion semejante era ardua empresa para un mozo de pocos años, pero es menester confesar que el Sr. de Berriozabal no se mostró inferior á su empeño.

No podia escogerse trabajo mas á propósito para un ensayo del talento poético; porque en él se habia de palpar si el traductor sabia mostrarse poeta comprendiendo al poeta; si tenia el sentimiento de la religiosa ternura que respira *El Crucifijo*; si acertaba á expresar el sublime lenguaje del *Angel de la tierra despues de la destruccion del globo*, y hacernos oír el acento de la *Desesperacion* en la boca del mortal que blasfema de la Providencia.

El Crucifijo que por el doble título de su nombre y de su mérito, ocupa dignamente el primer lugar entre las composiciones traducidas, está vertido al español con suavísima unción, y con aquella belleza grave y melancólica, que tan bien asienta á los recuerdos que excita un *Crucifijo*, recogido del seno de una persona querida que acaba de espirar.

¡Imágen de mi Dios, heredamiento
De precio el mas subido,
Que de su yerto labio he recogido
Con su final adios y último aliento,
Símbolo para mí dos veces santo!
¡Ay, cuántas mi quebranto
Con encendido lloro
Ha bañado tus piés, que amante adoro,
Desde el sacro momento
En que á mis manos trémulas pasaste
Desde el seno de mártir inocente,
Estando tú aun caliente
Con su postrer suspiro que guardaste!
Fugitivo esplendor aun relumbraba
En sus lánguidos ojos de dulzura;
El sacerdote anciano murmuraba
Del dichoso morir el suave canto
De celestial encanto,
Semejante al arrullo de ternura
Con que adormece maternal cariño
Al regalado niño.

De su esperanza pia
En su frente la huella se veía:
En su rostro bañado
De insólita hermosura
Pasajero dolor hubo estampado
Su gracia y el donoso desaliño,
Su majestad la muerte grave y pura.

.
Del funerario lecho
Un brazo le pendía;
Lánguidamente el otro sobre el pecho
Plegado parecía
Que aun con abrazo estrecho
La dulce imágen de Jesús ceñía.
Su labio se entreabría
Para estrecharle aun; su ánima empero
Entre los santos ósculos ya había
Veloz desaparecido,
Cual perfume ligero,
Que la llama devora aun no encendido.
Todo en su boca frígida dormía,
Los inquietos latidos
Del corazón callaban;
Sus párpados rendidos
Al sueño sepulcral medio caídos
Apenas ver dejaban
Sus ojos de tinieblas circuidos.

En el *Himno del Ángel de la tierra después de la destrucción del globo*, abandona el poeta ese sentimiento de blanda y melancólica ternura y deja que hable la *divina sombra* que no viendo en la tierra

Mas que cenizas, míseros despojos
De un lucero difunto,
Mas que un hueso de fruta pestilente,
Que ha ya roído del gusano el diente,

se expresa con aquel acento de sublime dolor que cumple á un querub, que abandona el lucero confiado un día á su guarda, y que no habiendo podido evitar su destrucción, acata los decretos del Eterno;

Y el vuelo remontando
Desde léjos sacude de sus alas
El polvo vil, y aun otra vez se inclina
Para tornarle á ver.....

La sorpresa del ángel, al mirar el globo reducido á un montón de ceniza fría, está expresada con suma maestría: Lamartine hizo un esfuerzo para levantarse á la altura del celeste espíritu; y el joven traductor español no se quedó rezagado en el atrevido arranque: el mismo Herrera no desdeñaría por cierto el siguiente pasaje:

¡Y qué! ¿tú eres, tierra inanimada,
Tú eres la que yo vía
¡Ay Dios! aun no hay un día,
Alanzarte inflamada
Del dedo de Jehová como centella,
Del amor y la vida
En la hoguera encendida?
Con ruboroso velo
Admiración y envidia á toda estrella
Cubrió la faz. Tú descendiste al cielo,
Y los astros saltaron
Al punto que te vieron,
Y las olas de azul apaciguaron
Bajo tu peso su bullir bramante,
Y tu globo espumante
Pacíficas mecieron.
¡Sobre tu tierna frente que aun nacía,
La luna, el sol brillaban á porfía!
Con mas grata dulzura
Que tu risueña aurora,
Y mas que el medio día

Resplandeciente y pura
La mirada de Dios centelladora
De la vida inmortal aun te vestia.
¿Cuál es tu destino?... ¡En su semilla ahogados
De cuantos seres inmortales lleno
Debiera estar tu seno!
¿Dó están? ¿Es cierto? ¿Es ya ceniza fría
Lo que en la eternidad vivir debía?

Acogójase el pecho al recorrer las terribles páginas de *La Desesperacion*, y al encontrarnos con *La respuesta de la Providencia*, parécenos que despertamos de un ensueño infernal en la aurora de un hermoso día. Difícil parecía que en el corazón tiernamente religioso del joven traductor se hallase una cuerda que vibrase tan recio, y que con tan bronco sonido imitase el lenguaje de los condenados; lenguaje que penetra hasta el fondo del alma, y que dejaría en ella una impresión funesta, si luego después que

El hijo de la nada la existencia
Ha maldecido.....

no hablase el Supremo Hacedor defendiendo él propio su causa, y no aterrase á su débil criatura que blasfemaba lo que no comprendía, diciéndole:

Para ser justo tú tienes un día
Y yo la eternidad.....

La traducción de *El Hombre á lord Byron*, es también propia del terrible genio á quien va dirigida: la siguiente muestra dará á nuestros lectores una idea del desempeño del traductor.

¡Tú, cuyo nombre verdadero el mundo
Ignora todavía, misterioso
Espíritu, mortal, demonio ó ángel,
Cualesquier cosa que tú seas, Byron,
Genio bueno ó fatal, de tus conciertos
La armonía frenética me agrada;
Como me agrada el estallar del rayo
Y de los vientos el feroz rugido

Cuando juntan su voz en las tormentas
De los torrentes al estruendo sordo!
Es tu morada lóbrega la noche,
Tu dominio el horror. Águila adusta,
De los desiertos orgullosa reina,
Así rehuye los floridos prados;
Solo le agradan, como á tí, las rocas,
Que el invierno nevoso ha encanecido
Y que el rayo partió; solo le placen
Solitarias riberas, que el naufragio
De sus despojos pálidos sembrara,
O sanguinosos campos que ennegrecen
Los deplorables restos de un combate;
Y mientras pone el nido entre las flores
Cabe el parlero arroyo Filomena,
Ella salva la horrible de Athos cumbre,
Y en el declive de los agrios montes,
Viendo á sus plantas insondable abismo,
El rudo nido impávida coloca;
De palpitantes miembros rodeada,
De ásperas rocas, donde verdinegra
Gotea sin cesar caliente sangre,
Baña su pecho de inhumano gozo
Con los chirridos lúgubres que arroja
La desvalida presa que sus garras
Oprimen, ahogan, hieren, descuartizan,
Y que aun viva devora su atroz pico;
Y en jubilosa majestad se aduerme
Mecida en alas de la gran tormenta.
Semejante al pirata de los aires
Eres, oh Byron; del despecho insano
Son tu mas dulce música los gritos:
Tu espectáculo el mal, y tu infelice
Víctima el hombre. Cual Satán tus ojos
Han medido el averno; allí tu alma,
Al sumergirse, á la esperanza ha dicho
Un adiós eternal.

Quien tan felizmente se había ensayado en traducciones semejantes, bien podía acometer empresas de mayor entidad; y el Sr. de Berriozabal se sintió ya con fuerzas para poner la mano en la recomposicion ó renovacion de un poema épico. Hablamos de la *Cristiada* de Hojeda, publicada por el jóven poeta con el título de *Nueva Cristiada*. La rapidez con que vamos examinando las obras del señor de Berriozabal, no nos permite entrar en cuestiones acerca de las ventajas, inconvenientes y dificultades de semejante trabajo; en el prefacio de su obra las ha tocado el señor de Berriozabal, y creemos que para dar ideas claras sobre el particular nada mas á propósito que sus mismas palabras.

«El Padre Maestro Fray Diego de Hojeda, dominico de Lima, hallándose de regente de los estudios de su convento, compuso en los primeros años del siglo diez y siete, un poema, divino por su objeto, por la admirable maestría de su estructura, por la inmensa erudicion que encierra, por la elevacion de sus pensamientos, por la ardentía poética de sus afectos, por la extension y grandeza de su plan, por sus imágenes altas y atrevidas, y finalmente por su exquisito sabor de mística y de santidad. Empero este grandioso monumento de gloria para su autor, quedó sepultado entre indignas cenizas en esa vandálica inundacion del mal gusto, en que los Góngoras, es decir, los Alaricos y Atilas de la española poesía, redujeron á escombros el floreciente imperio de las letras. Este amenísimo campo assolado con tal barbarie se vió en breve cubierto de malezas, las cuales por mas de una centuria hicieron olvidar las muchas preciosidades que bajo de aquellas ruinas se hallaban soterradas. En aquel tiempo fué moda vivir á oscuras. Sabido es que la aurora que disipó tan ominosas tinieblas, fué la aparicion admirable de Luzan, Cadalso, Moratin, Melendez y otros beneméritos ingenios, cuyos nombres pronunciamos de pocos años á esta parte con poco respeto, con ingratitud: olvidamos lo que les debemos: olvidamos que no es lo mismo conquistar un

reino que aprovecharse de las conquistas de nuestros predecesores: deslumbrados con los relumbrantes vuelos de algunas águilas extranjeras las seguimos con peligro de abrasarnos en los rayos del sol, apartando la vista del gracioso y apacible revoloteo del colorin de Batilo.

»Nadie ignora que con la restauracion del buen gusto salieron del olvido en que yacian algunos de los muchísimos buenos poetas del siglo de oro de la lengua castellana: todos se afanaron por estudiar la docta y castiza antigüedad del idioma y las bellezas de su poesía en los autores que había ultrajado la generacion anterior; los impresores los desagraviaron haciendo de ellos nuevas ediciones; diéronse á luz diversas colecciones, que si bien carecian del gusto, órden y delicadeza para elegir que en ellas echan de menos los maestros del arte, presentaban el oro como sale de la mina, entremezclado con otras materias no tan dignas de estima ni de valor tan subido. Pero aun dormía Hojeda en el polvo del olvido, ni era llegado el tiempo de su resurreccion; los restauradores de la buena poesía estaban demasiado ocupados en cantar amorcillos profanos, y al otro lado del Pirineo recibia Voltaire el incienso de los ilusos. En otras naciones, principalmente en Alemania, agitaba la inspiracion de Dios los ardorosos pechos de los vates; pero la Francia estaba de por medio. Las modas de esta nacion vecina tarde ó temprano suelen venir á España: aquella se ha levantado del abismo de la impiedad que es una tumba hedionda, ha visto que era inmundado el traje del cinismo y ya lo arroja avergonzada para adornarse del antiguo timbre de muy cristiana: es dicha de su suelo que en él se estén dando un ósculo de paz la religion y las letras. Ya se deja entender que el siglo en que vivimos á pesar de las tempestades que corre la nave del Estado, es mas favorable que el pasado á la reaparicion del grande Hojeda. El hecho lo confirma. En mil ochocientos treinta y tres publicó D. Manuel José Quintana una coleccion de los mejores trozos de nuestros poemas heróicos é insertó en ella diez y siete fragmentos de la *Cristia-*

da, y en el discurso crítico que los precede leemos entre otras cosas lo siguiente: «La parte sobrenatural de estos poemas, ó llámese máquina, que como condicion épica es, según la opinion general, un accesorio preciso en ellos, era en la *Cristiada* la esencia verdadera de su argumento, puesto que en ella todo es maravilloso y divino. Su enlace, pues, y su oportunidad, no era por lo mismo tan difícil aquí como en las fábulas puramente humanas, aunque era á la verdad mucho mas arduo su desempeño. Pero no hay duda en que está grandemente concebida en la *Cristiada* esta alta composicion en que los hombres, sin saber lo que hacen, persiguen, atormentan y ajustician á su Salvador; en que los espíritus infernales inciertos al principio del gran acto que se prepara, dudan, averiguan, después tratan de impedirlo por medio de equidad y de blandura, y desengañados al fin y furiosos de no poderlo estorbar, acrecientan hasta un punto sobrenatural la rabia y crueldad de los sayones como en venganza de la mengua que van á padecer, mientras que los moradores del cielo conmovidos á un tiempo de dolor, de horror y de maravilla por lo que se consiente á los hombres con el Hijo de su Hacedor, bajan y suben de la tierra al cielo, del cielo á la tierra á suministrar aquí consuelos, allí esperanzas, mas allá firmeza y resignacion, y algunas veces terror y espanto, ya que no se les permiten ni la defensa ni el castigo. Dios en lo alto, inmóvil en sus decretos, llevando á cabo la obra acordada en su mente para beneficio de los hombres, y su Hijo en la tierra prestándose al sacrificio y sufriendo con toda la majestad y constancia de su carácter divino aquel raudal de amarguras y dolores que vierte sobre él la perversidad humana. Así el cielo, la tierra, los ángeles, los demonios, Dios y los hombres todo está en movimiento, todo en accion en este magnífico espectáculo, donde la pompa y brillantez de las descripciones, la belleza general de los versos y del estilo corresponden casi siempre á la grandeza de la intencion y de los pensamientos.» Hasta aquí el Sr. Quintana.

»Quien lea este magnífico bosquejo, se admirará sin duda de que la *Cristiada* no sea el poema mas célebre del mundo, ó al menos atribuirá su oscuridad á una causa grave y misteriosa; pero el mencionado crítico desenvuelve este enigma, haciendo una larga enumeracion de los defectos que cometió el grande Hojeda al ejecutar el plan que habia ideado con tan prodigiosa perfeccion; enumeracion que me abstengo de copiar, porque los aficionados pueden verla en el autor que he citado como el único que ha hablado de esto.

»Quisiera yo que no fuesen tan raros como son los ejemplares de la antigua *Cristiada*, pues teniéndola á la vista se me podria disculpar y aun agradecer el atrevimiento de haber derribado con ardor y con brio juvenil aquel viejo y desmedido edificio, que yacia en la soledad y el abandono, para edificar sobre sus mismos cimientos y con el oro hallado entre sus ruinas, otro nuevo palacio mas hermoso para el Rey de los cielos. Pudiera haber hecho del todo mia la gloria de esta nueva fábrica construyéndola con el caudal de ideas y con el plan ajeno; pero ¿á qué fin aumentar el número de los plagiarios ocultos que, engalanados con robos, se avergüenzan de decir «esto no es mio?» Tan léjos estoy de semejante ratería, que mi anhelo de engrandecer la memoria de Hojeda ha rayado en un entusiasmo no estéril ni infecundo sino eficaz y activo, para con nueva lozanía levantarle de su sepulcro, y generoso para cederle las flores con que he retejido la corona de su inmortalidad.

»Diré pues lo que he hecho para lograrlo. Copiar en miniatura su cuadro gigantesco. He dado mas vida á las fisonomías, rápido movimiento á las figuras, y á la accion mas calor, mas variedad, mas energía, mas vuelo. ¿Cómo? conservando en lo posible el grandioso plan del antiguo poema, sus ideas, y hasta sus versos cuando son buenos ó pueden convenir á las nuevas dimensiones del mio; creando imágenes nuevas; retocando y avivando las antiguas; suprimiendo todo lo frio, todo lo difuso, todo lo insípido;